



TOMAS SOMERSCALES (1)

POR

PAULINO ALFONSO

I

Tiene sesenta años, mediana estatura, i complexion delgada.

Cabeza espresiva, casi adusta.

Hai arrugas sobre su frente, surcos de las ideas.

Sus ojos son bien abiertos, mansos i escrutadores, con algo de tristeza.

El modelado severo de su nariz i de su boca es indicio de carácter.

Sus cabellos i barba oscuros, casi sin canas, suelen ofrecer un lijero desórden, el desórden espontáneo de la artística naturaleza.

(1) Debo algunos datos biográficos de los incluidos en esta composicion a don Carlos Cornish, antiguo discipulo de Somerscales, i despues colega del mismo en el profesorado; i algunas noticias sobre los cuadros exhibidos en Inglaterra, al periódico *The Ladies Field*, número del 23 de julio de 1903.

Parece llevar en su rostro i en su cuerpo las huellas de ese desgaste concentrador que dan las enerjías i el hondo pensamiento.

Es un temperamento sereno i nervioso, a la vez delicado i sobrio.

Tiene todo el temple de la raza sajona, i toda la vibracion de la raza latina.

A veces, cuando, al impulso de la inspiracion, pinta, diríase que el estremecimiento de las antiguas pitonisas le posee.

Son sus sentidos de una finura maravillosa, i su memoria, estupenda.

Es un profundo observador i admirador de la naturaleza, i sobre todo, de esa bendicion de Dios hecha cielo, hecha paisaje, hecha cuerpo, que se llama belleza.

La vida del alma le domina, imprimiendo a su físico esa especie de majestad sin artificios que es el sello de los hombres superiores, que resiste a los años i a los trabajos, i cuyo recuerdo aun mas allá de la tumba, es como una aureola de las frentes privilegiadas.

Nació en la ciudad de Hull, a las orillas del rio Humber.

Allí está desde tiempos mui antiguos la casa de los Somerscales, familia de eruditos i de artistas, en que es tradicional i fecundo el amor a las ciencias i a las artes.

Reina todavía en aquella casa una venerable anciana, de mas de noventa años, llena aun de ajilidad i brío, que no se deja arrebatar por nadie el cuidado doméstico: es la cepa envejecida, pero firme, de donde salió el glorioso tronco, es la madre del pintor.

Fué su padre esperto capitan de buque, que hizo durante largos años el comercio del trigo de Rusia entre el Mar Negro i la Inglaterra.

Enseñó el dibujo a Somerscales cuando pequeño uno de sus tíos, naturaleza artística, escrupulosa i honrada, como la suya.

Despues de sus primeros estudios, entró al excelente colejio de Cheltenham, en donde recibió las lecciones, i con las lecciones, la influencia del famoso pedagogo Gill.

La raza de que procede, la severidad de su hogar, i las lec-

ciones i educacion del colejio de Cheltenham entran por mucho en la esplicacion de su vida.

Salido del colejio a los dieciocho años, hácia 1862, debió optar entre ejercer por un bienio el cargo de profesor de Estado, o entrar al servicio de la marina de guerra.

Prefirió servir en la marina, para dar satisfaccion a las inquietudes saludables, i a las nobles curiosidades de su espíritu juvenil.

Destinado al servicio de la estacion naval en el Pacífico, atravesó el Océano i el Istmo de Panamá, se embarcó en un buque de guerra, i empezó su vida de oficial de marina, que había de durar seis años, i de hacerle conocer en múltiples i variadas espediciones, no solo la costa occidental de la América, sino muchas de las numerosas islas de la Polinesia que, incluyendo nuestra enigmática isla de Pascua, la última de sus avanzadas orientales, parecen las cumbres más altas, los restos náufragos de un inmenso continente prehistórico perdido bajo las aguas.

Allí acrisoló Somerscales su carácter en la ruda escuela del deber disciplinario; allí estudió, i pudo dar expansion a sus facultades científicas; allí enseñó, y tuvo el honor de contar entre sus discípulos a quien con el tiempo había de ser el ilustre almirante de la marina inglesa sir Charles Beresford; allí adquirió estensos conocimientos náuticos, i especiales sobre la estructura, forma i pormenores de los navíos; allí concentrado en las intimidades de su sér, a un tiempo soñador i grave, se impregnó en la magna poesía del mar. El océano entró así en su cerebro para permanecer en él, no estereotipado i fijo, sino en su mudable grandeza, ya salvaje, ya ajitada, ya serena, hasta en los mas fugaces detalles de las olas que se quiebran i de las espumas que se deshacen; de tal modo que Somerscales puede ahora reproducirlo a su antojo, encerrado en su taller, infinitivamente mejor que otros muchos con grande esfuerzo, en presencia de la mar misma.

A la vuelta de una de sus espediciones, enfermó de la fiebre amarilla, i estuvo a punto de morir en el Istmo de Panamá,

bella pero peligrosa tierra que oculta pestes i reptiles bajo mantos tupidos i espléndidos de hojas i flores.

Restablecido apenas, i exhausto de fuerzas, hubo de hacer de nuevo rumbo al sur, i llegó a Valparaiso, en donde los médicos le disuadieron de volver al Istmo, bajo pena de probable pérdida de la vida.

Tuvo, pues, que resignarse a pedir su retiro, a permanecer en nuestro país, i a mirar desde aquí el incierto porvenir, débil de fuerzas i escaso de recursos, pero lleno de juventud i de valor moral. Esto pasaba en 1868: tenía Somerscales 25 años.

No tardó en encontrar un protector i un amigo en la persona de don Pedro Mackay, el conocido director del colejio de su nombre en el cerro de la Concepcion, quien había de consagrarle estimacion profunda i bien correspondida hasta la muerte.

Penetrado sin esfuerzo el viejo educacionista de las distinguidas cualidades del ex-oficial, le contrató para profesor del segundo año de su curso mercantil, que comprendía las asignaturas de ingles, gramática, aritmética i jeografía, jeografía física, dibujo i caligrafía.

Desde sus primeros pasos en la carrera del profesorado, el discípulo de Gill i maestro de Beresford acreditó ser un pedagogo insigne, a juicio de cuantos le conocieron, el primer pedagogo ingles que haya venido a Chile. De lúcida i penetrante intelijencia, de estensos conocimientos, de palabra fácil i plástica, poseía ademas esa privilegiada cualidad que es la fuerza convincente, que es el influjo persuasivo de los grandes profesores, sobre que jamas yerra i falla siempre en justicia el juicio de los alumnos; i armonizaba de tal manera la claridad i el interes de sus lecciones con la benevolencia i firmeza de su conducta, que era imposible dejar de tributarle atencion, cariño i respeto.

Secuaz aventajado de Tomas Arnold, el providente educacionista ingles, cuya doctrina i cuyo ejemplo van infundiendo el espíritu evanjélico de paz i caridad en el organismo educativo de las naciones, sabía mantener el rigor de la disciplina, mas que por los castigos, por el imperio de la autoridad moral; i cuando llegaba el caso de castigar dejaba de ser el jefe para

convertirse en el padre i en el amigo de los niños, haciéndoles marchar de la mano bajo su direccion i bajo su amor, por el áspero sendero, hasta cumplir el deber i alcanzar el objetivo.

Era así su enseñanza una labor firme i dulce, una fecunda labor educadora, en el mas amplio sentido de la palabra, en que la ciencia era luz, la virtud, guía, i el ejemplo, edificacion.

No hai ninguno de sus discípulos que no haya guardado de él este recuerdo, bastante para honrar a un hombre: puede no hacer mas quien educa i ejemplariza.

Vivia entónces Somerscales en el colejio de Mackay, desde el cual se domina en estensas perspectivas un variado i grandioso espectáculo: el bruñido espejo del mar azul, hasta perderse de vista, con las asperezas que causan los vientos, con las huellas que dejan las naves; en el último término del horizonte, las cordilleras nevadas ya medio invisibles, i el alto Aconcagua; los buques i diques, los muelles i malecones de la bahía, que se ven pequeñitos como juguetes de niños bien contruidos, desde la altura; la aglomeracion de millares de casas sobre la costa, que se oprimen i luchan por el espacio como los hombres por la vida; los humos espesos de las fábricas, i los humos tenues i azulejos de los hogares, difundándose vagamente por los aires; esa niebla de impurezas con que se velan casi siempre las miserias i quebrantos de las ciudades; el exceso de construcciones que se desborda sobre el grande anfiteatro de los cerros, como espectadores impacientes que se derraman por las graderías de ancho circo; mas próximas, las residencias de los ingleses, sencillas i cómodas, cubiertas de enredaderas, rodeadas de jardines; i, al otro lado de la quebrada, a la amplia atmósfera consoladora, el cementerio con su alta cúpula aguda i sus innumerables losas blancas entre cipreses, que parecen aves adormecidas bajo las alas de la cruz.

Desde ahí emprendia Somerscales en las horas de solaz sus escursiones por los cerros i quebradas, llenas siempre de accidentes pintorescos i de agradables sorpresas para el ojo inteligente del artista de corazon; desde allí en los días festivos, cuando su modesto sueldo de ciento cincuenta pesos mensuales se lo permitia, ensanchando su esfera de accion, diré mejor,

de contemplación; íbase de paseo a Viña del Mar i al Salto, a Limache i a Quillota, al encajonado valle de Ocoa, por donde baja, dividiéndose a veces en muchos brazos, pero siempre rumoroso i espumante, el rápido Aconcagua; i llegando cuando mas léjos a San Felipe i a los Andes, a los campos de Ibacache i al Paso de Uspallata, que reproduce, agrandándolas, las bellezas de los Alpes italianos.

Miéntas tanto, no pintaba Somerscales sino de vez en cuando pequeños cuadros de aficionado, para obsequiar con ellos a sus amigos.

Puede decirse que no comenzó su vida artística sino en 1870, con una vista del puerto de Valparaiso, tomada desde el cerro, que se conserva como una reliquia en el colejio de Mackay, i en que se anuncian ya las cualidades del nuevo pintor.

Dos o tres años despues, don Pablo Délano, antiguo i respetable vecino de Valparaiso, que habia acompañado como guardiamarina al almirante Cochrane en su audaz golpe de mano sobre la *Esmeralda* en el Callao, encargóle una copia del gran cuadro que representaba ese memorable hecho de armas i que existia a la sazón en la Bolsa Comercial de aquel puerto, copia que fué su primer trabajo pagado, a los treinta años de edad.

El éxito de este esfuerzo, aunque secundario i modesto, le alentó en su carrera; solo que el tiempo le era insuficiente, obligado como estaba a hacer sus clases todos los días de nueve de la mañana a cuatro de la tarde; pero aprovechaba los ratos desocupados, los días de lluvia, en que no habia colejio, i los días festivos.

Empezó entónces a salir con mayor frecuencia; i sin mas escuela que sus antiguos estudios de dibujo i sus conocimientos de perspectiva, dióse no ya solo a contemplar, sino a observar en sus mínimos detalles mares i paisajes, i a pintar en conciencia, sin preocupacion alguna, según su leal saber i entender.

De ahí sus primeros cuadros, telas jeneralmente pequeñas de toque fino i enérgico; de pasta delicada i untuosa, en que se ven ríos cristalinos atravesados por rebaños de vacas; lagunas en que se refleja el incendio de las tardes; paisajes de montes i valles chilenos con vaporosas perspectivas i cielos transparentes.

despejados o con nubes suspendidas; noches de luna plácida riellando sobre las aguas.

Hízose notar Somerscales desde el principio por un dibujo prolijo, en ocasiones talvez excesivo; pero entre este exceso, que es el exceso de la conciencia, i el desparpajo desdibujado que prevalece hoy i que algunos confunden con la amplitud i facilidad majistrales, yo no vacilo.

El dibujo es el cuerpo i la honestidad de la pintura.

Fuera de algunas escasas inspiraciones jeniales, el estudio, el trabajo i la constancia son, por lo jeneral, sobre la base del talento, los artifices de las grandes obras; i ello es lójico, porque el estudio, el trabajo i la constancia son leyes de nuestra naturaleza moral.

En el seno del esfuerzo, jermína el fruto: trabajemos, pues, hasta que la hora suprema del destino o de la muerte llegue.

Por lo demas, la prolijidad de las obras de Somerscales no ha obstado nunca a su sentimiento vivo, i a su reproduccion injénua del natural.

Hízose notar asimismo por la exactitud de sus perspectivas, calculadas siempre con matemático rigor; de tal manera que ante la naturaleza de un cuadro suyo pueden irse señalando las distancias, como ante el cuadro de la naturaleza misma.

Contribuyen poderosamente a esta ilusion las sábias i sucesivas degradaciones de los tonos, que se debilitan, azulan i pierden a medida que se alejan del espectador.

La apreciacion de la perspectiva lineal es asunto de jeometría; la apreciacion de la perspectiva aérea es asunto de vista i de alma: Somerscales es igualmente fuerte en ámbas apreciaciones.

Supo siempre dar aire i hondura a sus cielos; cielos a menudo de tintes indefinibles, pero exactísimos, en que los blancos, azules i grises, rara vez se ostentan en su pureza, sino como impregnados en los reflejos amarillentos i rojizos del sol, i aun, cerca de la línea del horizonte, en las emanaciones terrosas i opacas del suelo.

Nunca ha descuidado, ni aun en sus telas de menores dimensiones, el asunto i la composicion del cuadro: no se ha situado

en cualquier parte a pintar cualquier cosa, sino en un punto de vista que dé nobleza, variedad i armonía a la obra pictórica; no por que dejen de encontrare cosas bellas en todas partes, especialmente cuando se las contempla con ojo observador i espíritu sensible, sino porque las bellezas aisladas que no se ligan entre sí suelen no merecer los honores del cuadro.

Ha creído siempre que el arte de pintar cuadros no es el arte de hacer estudios o de trazar bocetos, sino el arte de pintar cuadros; i que toda obra artística de cualquier jénero es i debe ser una obra compleja, con importancia i vida propias.

No todos los lagos tienen una misma profundidad ni todas las almas.

La profundidad de un cuadro da la medida del alma de su autor.

No hablo solo de la profundidad del concepto i del sentimiento; hablo tambien, si se me permite decirlo así, de la profundidad de la factura.

El temperamento de Somerscales es un temperamento profundo i normal; i el interes de sus producciones viene de que, sin pretender modificar las cosas, pretendiendo, por el contrario, reproducirlas fielmente, pone en esta reproduccion su discernimiento electivo, sus sensaciones esquisitas i su ejecucion honrada, si se quiere, prolija.

Se ha dicho que Somerscales no es un colorista.

Doi que su percepcion del color no sea tan viva i completa como su percepcion de las líneas i formas, aunque pudieran exhibirse ejemplos elocuentes de lo contrario.

Pero tiene sobre esto sus principios, que no son talvez malos principios.

Estima que los matices no deben ser acentuados, so pena de no permanecer matices, i de dañar en consecuencia a la delicadeza i armonía, en una palabra, a la verdad del color jeneral.

Estima asimismo que, sin perjuicio de todo el esfuerzo necesario para imitar con la mayor perfeccion la brillantez de los colores naturales, no es lícito aspirar a ese resultado cargando la mano en la intensidad de los tonos, porque brillantez de color e intensidad de tono son por esencia cosas distintas i diversas.

En suma, que en esta delicada materia, en que es tan fácil al arte humano quedar por debajo de la naturaleza, ha preferido la discrecion a la exajeracion: de ahí que nada chille ni desentone en sus obras.

Cierto es que algunos de sus cuadros han dejenado de color tirando al negro con los años; pero no puede juzgársele equitativamente por esa dejenacion, sin duda prematura, debida acaso a los materiales empleados en esas obras, o a las circunstancias de su conservacion.

La primera esperiencia de Somerscales en los concursos públicos fué desafortunada: los cuadros que envió a la esposicion de 1875 no obtuvieron favorable acogida de las comisiones oficiales.

Replegándose en su lejítimo amor propio herido, nada dijo, pero no volvió a exhibir en nuestros salones.

Así, a menudo, será la justicia humana miéntras sigan triunfando el amor i la muerte.

No obstante este fracaso, el auje siempre creciente de sus producciones indújole a dedicar mas tiempo i atencion a la pintura, i a aprovechar algunos meses de verano en recorrer gran parte de nuestro valle central.

Vinieron entónces nuevas vistas de Valparaiso, de su bahía i de sus montes lejanos; grandes vistas de Viña del Mar, que le encargó don José Francisco Vergara, tan valeroso en los campos de batalla como ilustre literato i protector de las artes en la paz; numerosas vistas del valle de Aconcagua; vistas de Santiago i sus alrededores tomadas desde Renca; mas al sur, del rio Claro i sus fértiles riberas; del Maule i de Constitucion; de las montañas del Ñuble i del Nevado de Chillan; del parque i ensenada de Lota; de Concepcion, en fin, i de su majestuoso rio.

No llegó a pisar la tierra lejendaria en que la sangre española i la sangre araucana regaron las raices del árbol de la patria; pero visitó, en cambio, por ingrata compensacion, la provincia de Tarapacá: en vez de los agrestes perfumes i de la sombría majestad de los bosques seculares, la tierra desnuda i ardiente que entrega desgarrada su riqueza al sudor i al dolor humanos.

Cuando aquella especie de Falstaff rubicundo del rei del sa-

litre, grande advenedizo de los millones, que se llamó Mr. North, paseaba por Chile su vientre i su fortuna, arrastró a Somerscales, incorporándolo en su comitiva superficial i fastuosa, con el objeto de que le pintara en las pampas salitreras; tarea de que por sí misma i las condiciones en que había de cumplirse resultó casi superior a la virtud del artista, i para cuyo desempeño hubo éste de recurrir a los infalibles prestijios de las albas i crepúsculos.

Se ha dicho que Somerscales sufrió como paisajista la influencia de algunos de los jefes de la escuela francesa, desde Claudio de Lorena para abajo.

Muchos paisajes de Somerscales, sobre todo los de su primera época, no llevan la huella de convencionalismo alguno: son frescos i puros como la naturaleza misma. En algunos otros, yo no sé si la idea del grande estilo, la propension al equilibrio i el arreglo del taller le deslizaron por la pendiente de los procedimientos que habian de labrar al fin el desprestijio de la antigua escuela francesa.

Lo que sí creo es que las exigencias de su clientela de lujo i la escasez de su tiempo no influyeron siempre favorablemente en las condiciones de su produccion.

Sea de todo esto lo que sea, Somerscales es una personalidad considerable como paisajista.

Pero, su especialidad definitiva iban a ser las marinas.

La profesion de su padre, su esperiencia naval, su larga vida en Valparaiso, a la perpetua vista del mar, todo le disponia a ser un marinista de primer orden; pero no vino a serlo sino con motivo de la guerra del Pacífico.

La noticia del combate del 21 de mayo produjo como un calorío de admiracion i entusiasmo en todo el país; la emocion se deshizo en llanto; la doliente alegría se convirtió en orgullo, i hubo la conciencia de un gran momento histórico.

Hoi, todavía, es una impresion rara la que el alma siente cuando ve izar el pabellon nacional sobre las aguas azuladas i tranquilas que dieron teatro a tan hermosa gloria.

No fué estraño el antiguo marino a la vibracion de ese senti-

miento, i pintó: pintó las dos faces de la grande hazaña, la faz del sacrificio i la faz del éxito, Iquique i Punta Gruesa.

Sus primeras interpretaciones en blanco i negro tenian algo de excesivamente escrito i talvez de amanerado; pero poco a poco fué tomando posesion de su paleta, i soltando la mano; i nacieron entónces vastas producciones gloriosas en que se miraba el alma de la patria guerrera, pájinas coloridas i vivientes de nuestra historia.

Seria difícil calcular el número de marinas con argumentos de la guerra del Pacífico que pintó Somerscales en los años 1879 i siguientes.

Nuestro Gobierno le encargó dos cuadros que honran el palacio de la Moneda.

El primero es el hundimiento de la *Esmeralda* sobre un mar ondulante, de un verde profundo, que refleja a trechos las llamaradas del combate, el heroico bajel con sus flancos abiertos, tumbándose ya, ofrece al espectador su cubierta llena de sangre i destrozos, con uno de sus cañones disparando aun al resplandor de momentáneo lampazo de fuego, entre jirones de humo semi-transparente.

Pudiera observársele que la imájen del buque ocupa casi toda la tela, i que el colorido con exceso sombrío no da la nocion exacta, ni siquiera aproximada, del día claro i de la hora meridiana en que tuvo lugar el suceso.

El segundo es el combate de Angamos con el *Hudscar* en el puesto de honor, hendiendo las aguas como un delfin acorralado por formidables adversarios.

Es mas marina ésta que la anterior, i es una gran marina llena de cielo, de mar i de movimiento. En pocos meses, sin haber sido casi un aprendiz, sin haber sido jamas un discípulo, Somerscales se habia hecho un maestro.

Siguió desde entónces pintando marinas, entre las cuales merecen citarse el combate de Papudo en 1865, i una serie de episodios de nuestra primera escuadra nacional.

Habia llegado a la mas amplia notoriedad en Chile; pero la gloria, que lleva sobre la frente irradiaciones de porvenir, acaso de inmortalidad, no le habia tocado con su ala rumorosa. Ni

se daba prisa porque le tocara: tiene Somerscales el profundo instinto de la dignidad que ni busca ni pide, que sabe esperar. Había cumplido cuarenta i seis años, i continuaba viviendo tranquilo en el cerro de la Concepcion, pintando i enseñando dibujo; pero sus hijos crecian, i queriendo darles la mas completa instruccion científica, volvió con ellos a su patria, despues de treinta años de ausencia no interrumpida.

En la antigua casa paterna aguardábale el amor siempre vívido i la augusta ancianidad de su madre.

A los dos años concurrió por primera vez a la Real Academia de Lóndres, con su «Corbeta recojiendo velas para salvar la tripulacion de un buque perdido», estudio de una grande estension de olas hinchadas i palpitantes, bajo un cielo aireado i espacioso, con un buque cerca del centro de la composicion, i, no léjos del espectador, una lancha con la jente náufraga...

Quando el jurado se encontró en presencia de esta obra conmovedora i sábía, fué una sorpresa, casi un estupor. Tomas Somerscales era un desconocido. ¿Quién era? ¿de dónde venia? ¿cómo se habia formado?

Sábese que las obras de los pintores nuevos suelen con frecuencia ser colocadas en las partes altas de las galerías, i que algunas veces van bajando poco a poco a la medida de sus méritos hasta la altura del espectador: «la línea» de la Real Academia es solo la línea de los maestros.

Pues bien, el jurado de 1903 resolvió colocar el cuadro de Somerscales en la línea, «on the line», en un sitio privilegiado de la Sexta Galería de la casa Burlington, muy cerca del que ocupó el año último la famosa «Marea que sube» de Lucia Kemp Welch.

Abierta la esposicion, artistas i críticos declararon, con voz unánime, extraordinaria la obra del desconocido marinista, llamándoles sobre todo la atencion la consumada maestría del mar que revelaba, i que no podia ser sino el fruto de profundos estudios y larga esperiencia.

Reconociendo las cualidades de la obra, un distinguido crítico inglés, creyó ver en ella la influencia del pintor Henry Moore, entónces en el apojeeo de su reputacion; pero al igual de

Stanfield, otro célebre marinista que, por lo demás, se le parece poco, Somerscales no se había inspirado sino en la obra de Dios desde la cubierta de las naves de guerra de Su Majestad.

El público sancionó con creces el fallo de artistas i críticos; todos los periódicos se ocuparon en el ruidoso éxito de Somerscales, i muchos de ellos enviaron sus *reporters* a Hull, para informarse sobre los antecedentes de su vida i estudios.

En el banquete de la Real Academia, asignóse a Somerscales el primer puesto al lado del presidente; i al pronunciar el discurso de estilo, el célebre electricista Kalvin ensalzó como se merecía el espléndido triunfo del nuevo pintor, gloria ya de la escuela británica.

Sus cuadros empezaron desde entónces a cotizarse muy alto; los mas notables personajes a hacerle encargos, i los especuladores a venir a Chile para comprar sus obras antiguas, i revenderlas ordinariamente al precio de tantas libras esterlinas cuantos pesos chilenos les habian costado.

Sin apresurarse, había llegado Somerscales a la cumbre del éxito en la cumbre de la vida, alrededor de los cincuenta años.

Entre otras obras, desde 1894 ha exhibido en la Academia:

«Una tarde de verano en el Atlántico hace cien años», que representa los buques ingleses en línea, hacia el fin del gran combate que hizo célebre el 1.º de Junio de 1794, en el momento decisivo en que, bajo la dirección de lord Howe, aislan las presas de los franceses, i protejen el navío *Reina*.

Un admirable estudio de buque, la cubierta ya barrida por las aguas, i empezando a hundirse en medio de la inmensidad del Pacífico, mientras la tripulación en dos embarcaciones se aleja rápidamente de la vorájine.

Un episodio marítimo de tiempo antiguo «La última lucha de la *Venganza*»; de la que se ha dicho: «Con cien combatientes sobre cubierta, i noventa enfermos en su interior, la pequeña *Venganza* se lanzó ciega al corazón del enemigo».

Un «Escuadron volante al antiguo estilo»; i finalmente, una escena marítima memorable i mucho más antigua aún: «Las carabelas de Cristóbal Colon», bajo el pabellón de Castilla en

el mas sublime de sus empeños, avanzando sin cesar por el mar verde, cristalino e inmenso como la esperanza.

Hace ya algunos años, reconoció oficialmente la Academia las brillantes cualidades del marinista, comprándole para el Estado su cuadro "Off Valparaiso" (A la altura de Valparaiso) de los mas sencillos i hermosos, con un buque de velas hinchadas por el viento sur i al que se aproxima un bote, con un cielo profundo, y lleno de la majestad i del movimiento de los mares. ¿Por qué caminos tan cortos suele llegar la sencillez a la belleza?

En este año ha vuelto Somerscales a Valparaiso, i recojido abundante cosecha de aplausos i dinero.

Pocas palabras i concluyo.

Somerscales no es solo un pedagogo i un artista; es un hombre al día, elevado i culto, de aptitudes científicas i gustos literarios.

Conoce con especialidad la filosofía i las matemáticas, la geografía física i la jeología.

De inexorable rigor lójico, sin preocupaciones pero con doctrinas, empapado en el "Ecce Homo", estudio filosófico del Cristo, i en la "Religion Natural", ámbos del profesor Seley, piensa i siente como un sabio sacerdote primitivo; i lo que piensa i siente lo dice con la mas absoluta franqueza, en un lenguaje ameno, preciso i claro.

Grande admirador i propagador de los buenos autores de la lengua inglesa, especialmente de Carlyle, de Ruskin, de Wheatman, el poeta impresionista norteamericano, sobre todo de Browning, el mas conceptuoso de los poetas que ha producido la Inglaterra despues de Shakespeare, tiene los conocimientos de un literato, i escribiría como un escritor, si quisiese escribir.

Pero lo mejor de Somerscales es el carácter.

He dicho que tiene el instinto de la dignidad. Tiene tambien otro instinto mas raro i difícil: el de la modestia.

Se ha conservado tan sencillo despues de su triunfo como cuando era simple profesor de curso en el colejio de Mackay.

I la modestia no nace en él de ignorancia de su propio mérito, ni de encojimiento moral, sino de la conviccion de nuestra infi-

nita pequeñez, i de la distancia enorme que media siempre entre la naturaleza i nuestros conceptos, i todavía, entre nuestros anhelos i nuestras obras. De aquí su criterio desprendido de alucinación; de aquí el criterio, por decirlo así, impersonal, que da seguridad i acierto a sus juicios.

Respeto la crítica bien inspirada, i mas que otras, la crítica de los hombres inteligentes que no son de la profesion; pero llegado el caso, sabe mantenerse enhiesto ante ella, por dignidad, nó por soberbia. Cuentan de un crítico que, despues de examinar un cuadro de Somerscales, en presencia de éste: "I bien, ¿qué dice usted?" le preguntó. "Yo, repuso Somerscales, no tengo nada que decir: usted a venido a criticar, critique."

Carácter forjado en molde de virtud austera, en molde antiguo; carácter templado en larga disciplina de vida i deber.

Hai tambien en Somerscales el hombre privado incomparable, el amigo, el hombre de hogar.

Hizo él mismo allá en lo alto del cerro de la Concepcion su propia casa, con su lápiz, el plano, con sus manos, los ladrillos, a la Tolstoy.

I cuando creyó que la abstinencia sería un buen ejemplo a sus hijos, se hizo abstinente.

Su criterio, su corazon i su virtud dan la clave de su obra, tan juiciosa, tan sentida i tan honesta.

Su vida entera prueba una vez mas que el camino a la cumbre es árduo, pero que honra i fortalece.

